

## DANTE, BORGES Y EL LIBRO\*

A questo punto il racconto potrebbe ricordare che le virtù degli specchi di cui discettano i libri antichi comprendono quella di mostrare le cose lontane e occulte...

(Italo CALVINO, *Se una notte d'inverno un viaggiatore*)

En una época telemática, caracterizada por la velocidad de la comunicación a través de la Internet, la naturaleza original del libro —y su acción comunicativa lenta, medida y sugestiva— ha sido puesta seriamente en discusión. Nadine Gordimer, Premio Nobel de Literatura, en una reciente intervención en el Congreso Internacional de la Asociación Internacional de Literatura Comparada (agosto de 2002, Universidad de Sudáfrica, Pretoria) ha sostenido la importancia casi vital, orgánica, de la palabra escrita y del libro como documento indispensable para la perduración eterna de la memoria histórico-colectiva.<sup>39</sup> Según lo confirma por escrito el primer versículo del Evangelio de San Juan: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios», definitivamente ratificado en la Biblia, no tendríamos hoy aquella fuerza única de la escritura, tanto para ser temida como evitada, censurada y alterada, abusada y violentada. No se puede olvidar a propósito la importancia que la escritura ha poseído en la sociedad oriental (recordemos la historia *ad salvationem* de Sherezade en las

\* La versión original de este texto está en italiano y fue publicada originalmente en *Revista Eletrônica Memorandum: Memória e História em Psicologia*, octubre de 2002, *Memorandum*, 3, 5-13, Universidade Federal de Minas Gerais, Belo Horizonte, en <<http://www.fafich.ufmg.br/~memorandum/artigos03/dangelo01.htm>>.

<sup>39</sup> Véanse, entre los ensayos clásicos sobre el tema, los de FLORÈS 1972; LE GOFF 1979: 347-400 y YATES 1966.

*Mil y una noches* o la pseudofábula recogida de la memoria colectiva del Extremo Oriente y recopilada por Marguerite Yourcenar, o incluso la impresionante analogía temática en los mitos encontrados en el gran bloque cultural este/oeste como el mito de Ariadna que es posible ubicar nada menos en un cuento japonés).

El deleite y el beneficio de la escritura han sido ampliamente comentados poéticamente por Italo Calvino, que ha dejado, en *Se una notte d'inverno un viaggiatore* (1979), un ensayo de su verve irónica y de su aptitud de maestro de la teoría sin nunca caer en la aridez de la literariedad, riesgo usual de cierto academicismo.

Según el autor de uno de los libros-capítulos que forman el texto calviniano, los libros antiguos conocían la virtud de los espejos: mostrar las cosas lejanas y ocultas. En este capítulo, significativamente intitulado «In una rete di linee che s'intersecano», un evidente homenaje a Borges, el libro se revela como un Aleph que capta las imágenes del todo (los sueños, la totalidad del real, el universo entero, la sabiduría divina). Bajo el influjo de Plotino, el libro restituiría la esencia del alma, potencia de los tratados (otros libros) de ciencias ocultas. Asimismo, las páginas deberían, a su vez, reflejar los movimientos opuestos de los espejos:

Insieme all'irradiarsi centrifugo che proietta la mia immagine lungo tutte le dimensioni dello spazio, vorrei che queste pagine rendessero anche il movimento opposto con cui dagli specchi m'arrivano le immagini che la vista diretta non può abbracciare. (CALVINO 2002: 193)

Calvino, que era antes que nada un apasionado lector, sostenía la «necesidad» de vivir la experiencia de la lectura como un momento irrepetible, único, del enriquecimiento espiritual del individuo. No exageraba al requerir al lector que procurase un lugar cómodo para poder abandonarse al placer del texto, es decir, de la lectura: seguir la palabra escrita, entregar todo su ser al relato propuesto, dejarse fascinar por la trama, por los personajes, tal vez identificarse con uno de ellos. No por nada, además, la lectura es expresión perceptiva y visual como un viaje íntimo, corajoso, dentro del texto, que debe ser afrontado por la posibilidad inigua-

lable de transformarse en otro personaje, quizá un héroe, y que permite, a través del conocimiento del otro, el volverse más uno mismo. La famosa expresión flaubertiana, «Madame Bovary, c'est moi!», replantea la atención consciente del autor/lector que vive y se esconde en el vestido del personaje que ha creado. El libro es entonces una hipótesis noble y privilegiada del trabajo personal siempre que, objetivo de tal labor, vaya más allá de un banal placer epicúreo y desprovisto de razones.

El libro no es separable de la acción de la lectura, a la que sigue inevitablemente el proceso hermenéutico, consciente o no; pero, sobre todo, el libro se encuentra *simbióticamente* ligado al verbo «contar». Un libro cuenta cualquier cosa, más bien, *debe* contar una historia, de la que está tejida la vida de cada individuo. El relato es una forma ancestral de comprensión del porvenir (poco importa la dimensión del suceso) que compone la vida. Si por una parte, el relato es el instrumento que permite participar de la vastedad y la complejidad de la experiencia humana, por otra, es el instrumento privilegiado mediante el que es posible para los otros acceder a un mundo personal, también al más privado e íntimo. Cada cuento, cada forma de contar, cada libro reproponen aquella misma función que cumplía el mito antiguamente. Bajo forma de libro y de cuento (mantengo como unidad la doble naturaleza formal y material) se conserva y se transmite nuestra memoria colectiva, es decir, la memoria de una sociedad entera y, en un ámbito incluso superior, la de toda una civilización (HALBWACHS 1950). Basta pensar en la singular forma de narración que es el mito (con la que los pueblos de la antigüedad han transmitido su modo de observación y conocimiento del mundo, por ejemplo, los mitos griegos sobre el nacimiento del universo, de los dioses y de la humanidad son el ejemplo más descontentado) y otro «recipiente» cultural como el habla, que ha, frecuentemente, sintetizado las costumbres y la creencia de una sociedad tradicional bajo la forma de poesía lírica o del imaginario colectivo.

Entre los autores que han reflexionado sobre la naturaleza del libro y de su uso depositario de los valores culturales y estructurales del hombre, tendremos en consideración únicamente

a dos: Borges y Dante, que aunque muy diversos entre ellos y distanciados temporalmente, han otorgado al discurso sobre el libro y, en consecuencia, su lectura, un metadiscurso ético, o si se quiere, didáctico-moralizante. Borges y Dante representan de un modo similar la figura ejemplar de aquella conciencia y memoria colectiva de la que el mundo occidental, aunque no sólo éste, es depositario.

Tanto para Borges como para Dante, la metáfora representativa del universo es el libro. El valor absoluto y dado del deseo del hallazgo del libro primero es el motor de los libros «acabados», y de los que todavía no lo son, y de la existencia cierta del libro primero, que Dante, medieval, tomista, cristiano, contemplará al término de su viaje.

Borges escribe en «La biblioteca de Babel» que, como todos los hombres habitantes de la Biblioteca del mundo, aunque él haya viajado, ha «peregrinado en busca de un libro, acaso del catálogo de los catálogos» (2005: I, 499). Una tarea, ésta, motivada por la a la inalcanzable exigencia de encontrar la Verdad, aunque el viaje se encuentre dentro y a través de un número de volúmenes interminable, infinito:

La biblioteca existe *ab aeterno*. De esa verdad, cuyo corolario inmediato es la eternidad futura del mundo, ninguna mente razonable puede dudar. El hombre, el imperfecto bibliotecario, puede ser obra del azar o de los demiurgos malévolos; el universo, con su elegante dotación de anaqueles, de tomos enigmáticos, de infatigables escaleras para el viajero y de letrina para el bibliotecario sentado, solo puede ser obra de un dios. Para percibir la distancia que hay entre lo divino y lo humano, basta comparar estos rudos símbolos trémulos que mi falible mano garabatea en la tapa de un libro, con las letras orgánicas del interior: puntuales, delicadas, negrísimas, inimitablemente simétricas. (2005: I, 500)

Borges invita aquí a la lectura, porque la experiencia inalcanzable de esta puede provocar una extraordinaria «felicidad mental», por llamarla con palabras de Maria Corti, que no es fácil re-

vivir en los actos imperfectos a que está sometida la existencia. Así, una lectura saludable y terapéutica.

Borges no teme absolutamente ser considerado casi anacrónico cuando afirma que un libro (o un texto) literario no puede ser considerado como un sistema cerrado, donde su autor es el único descifrador y el único poseedor de la clave para acceder a él. Considerar un libro como un sistema de lógica cerrada, perimetral, equivale a destruir el libro en su esencia de obra abierta, siguiendo la terminología de Eco; lo que es incluso más fascinante es que la operación de la lectura provoca «repercusiones incalculables» (PAOLI 1992: 9) en las que el lector añade nuevos granos interpretativos para la búsqueda constante y nunca satisfactoria del libro:

Cuando se proclamó que la Biblioteca abarcaba todos los libros, la primera impresión fue de extravagante felicidad. Todos los hombres se sintieron señores de un tesoro intacto y secreto. No había problema personal o mundial cuya elocuente solución no existiera: en algún hexágono. El universo estaba justificado, el universo bruscamente usurpó las dimensiones ilimitadas de la esperanza. (BORGES 2005: I, 502)

Según Borges, el hombre ha de intentar aferrar y poseer aquel libro, sin que lo haga posible, oscureciendo y eliminando aquellas «repercusiones incalculables» que el proceso de la lectura desencadenaría, hasta la blasfema identificación de sí con el libro. «La Biblioteca es tan enorme que toda reducción de origen humano resulta infinitesimal» (2005: I, 503), sostiene el autor argentino. Por lo tanto, la búsqueda de un libro es una operación fundamental, pues es estructural para el hombre, aunque la Biblioteca perdurará incorruptible y secreta como siempre:

La Biblioteca es ilimitada y periódica. Si un eterno viajero la atravesara en cualquier dirección, comprobaría al cabo de los siglos que los mismos volúmenes se repiten en el mismo desorden (que, repetido, sería un orden: el Orden). (2005: I, 505)

Dentro de la maciza metáfora de la Biblioteca, Borges nos indica que el camino necesario y casi impelente del individuo a la búsqueda del dios nacido en los pliegues de los libros es el acto

sacro de la lectura. La satisfacción y la gratificación del vivir podrían confluír en la lectura. Paoli recoge una afirmación «didáctica» de Borges, cuando enseñaba literatura inglesa, una de las literaturas mejor conocidas y preferidas por el escritor de *Ficciones*: «En la lectura el placer debe ser predominante. Cuando un libro no te interesa, debes dejarlo inmediatamente, aunque su autor sea famoso» (PAOLI 1992: 24).

Es interesante que esta búsqueda a través de la lectura sea no sólo placentera, sino al mismo tiempo útil: ésta corresponde al proceso del conocimiento de la realidad que, aunque nunca resulte totalmente indoloro, debe ser revestida de un valor y del sentido de la aventura que la lectura de Stevenson, Kipling y Chesterton habían indudablemente estimulado en Borges. La felicidad borgiana, como lo recuerda sugestivamente Paoli, «yace primeramente en el vivir y, solo sucedáneamente, en el seguir algunos inciertos reflejos de la vida que son los libros» (1992: 26).

El libro se presenta en la poética de Borges como un universo de citas infinitas, repetidas, pero siempre nuevas, de modelos que se suceden, de influencias que se perciben: un libro es una copia de los libros en los que se han afirmado o se han refutado los temas eternos de la humanidad. El modelo de comunicación borgiana, que encuentra en el laberinto y en la biblioteca la metáfora más notoria, consta de un corolario esencial. El libro, por su naturaleza de elemento concluso y, quizá, definitivo, vive *de* y *en* la memoria, es decir, de un acto necesario sin el cual el libro no puede considerarse eterno: el recuerdo de libros infinitos, leídos y releídos, abiertos y luego cerrados, se transforma en memoria y permite volver presente y actual un universo poético creado, por ejemplo, durante el Medioevo.

La lección ética de Borges es que el libro es inseparable, así como la lectura, de la misma vida en una misteriosa interacción que es posible volver a hallar en este fragmento dejado algunos años antes de su fallecimiento:

Todos los autores que he leído, los del pasado de las letras y de la lengua, todo ha influido en mí. Yo diría que en un escritor

han influido no solo todos los libros que ha leído sino ¿también? aquellos que no ha leído, también aquellos que le gustaron menos; en otras palabras, la vida influye en cada momento. Un hombre, especialmente un escritor, está expuesto a todo tipo de influencia. ¿Qué es uno escritor, de hecho, si no, antes que nada, un ser particularmente sensible a los hechos, a las circunstancias de la vida? (En PAOLI 1992: 170-171)

El libro, la Biblioteca y el escritor participan de la facultad de la memoria, facultad que se encuentra entrelazada en muchos escritos borgianos y que representa la responsabilidad ética y espiritual del hombre, no sólo del hombre de letras. El libro no permite el olvido de la obra de justicia del individuo y es a esta obra «justa» a la que Borges se refiere cuando, por ejemplo, en un poema suyo, describiendo la Biblioteca de Alejandría («Alejandría, 641 A.D.»), recuerda que los volúmenes contenidos en ella superaban en gran número al número de los astros o a la arena del desierto:

Aquí la gran memoria de los siglos  
Que fueron, las espadas y los héroes,  
Los lacónicos símbolos del álgebra,  
El saber que sondea los planetas,  
Que rigen el destino, las virtudes  
De hierba y marfiles talismánicos,  
El verso en que perdura la caricia,  
La ciencia que descifra el solitario  
Laberinto de Dios, la teología,  
La alquimia que en el barro busca el oro  
Y las figuraciones del idólatra.  
(*Historia de la noche* —2005: III, 183)

La Biblioteca y, con ella, su objeto más precioso y necesario —ya que sin ese objeto ella no tendría razón de existir—, el libro, favorecen entonces a la duración inmortal de la dignidad del hombre, de sus acciones, de sus búsquedas, de su tentación de saber el origen de la concepción del mundo.

En Dante, hombre ejemplarmente medieval, la memoria posee, justamente, esta conciencia: se trata del hecho de que cada acto vi-

vido en la plenitud del referente divino último, conserva un valor eterno; por ello, el libro asume, en Dante, la importancia del gesto ético, de la responsabilidad civil y política, del ser «guía espiritual», investido de una fuerza trascendente que llama a la salvación.

El triángulo existencial dantesco es así compuesto de tres vértices del yo poético, del libro en el que el yo encuentra realización y, finalmente, de la memoria que unifica y ordena. Es un proceso que purifica en el yo la tensión entre lo existente y su creación finita, el libro.

Dante es consciente, como entonces lo era toda la cultura de la que era heredero, del hecho de que la memoria sea principio y fin de cada acción, punto de partida de cada etapa existencial; como se puede leer en el *incipit* de la «Vida Nueva»:

En aquella parte del libro de mi memoria, antes de la cual poco podría leerse, se encuentra un título que dice: *Incipit vita nova*. Bajo ese título están escritas las palabras que tengo intención de transcribir en este librito; y si no todas, al menos su significado. (1986: 19)

Así como Dante encuentra escritas sus propias expresiones en la memoria, de la misma manera, Guido Cavalcanti adquiere fuerza y dimensión de participación en los advenimientos existenciales gracias al efecto de permanencia eterna y objetiva de la memoria: «En aquella parte donde esta memoria / adquiere su estado» (1996: 116).

En Dante, la memoria representa, entonces, la capacidad de conservar determinadas informaciones que le permiten ofrecer impresiones o informaciones actuales del pasado, pero resulta también objetivar la permanencia de Dios dentro de la historia de la humanidad, lo que resultaba claro para un hombre de conciencia medieval. La posibilidad de testimonio y de transmisión de la Verdad de la Encarnación era explicitada en el libro, objeto sublime destinado a no perderse en el tiempo y quedar preservado en la Biblioteca.

La memoria cristiana tiene como discurso imperativo el perdurar en el tiempo del advenimiento de Cristo como presente. La

memoria colectiva, en cambio, es la permanencia y, al mismo tiempo, la *transformación* de un discurso mítico a través del cual la cultura popular ha procurado transmitir valores, nociones, ejemplos vitales para la supervivencia y por la constante pulsión del Ser (DAHL 1948; SCHONEN 1974).

André Leroi-Gourhan distingue cinco fases en el proceso de la memoria colectiva: la transmisión oral, la transmisión escrita mediante códices o índices; aquella de las «fichas simples», la mecanografía y la clasificación electrónica en serie (1964-65: 303-304). Durante el Medioevo, las primeras tres fases eran consideradas como fundamentales para el proceso de la memoria: si la transmisión oral representaba la gran memoria histórica, antigua, que ahondaba sus propias raíces en el mito, los códices escritos la perpetúan *ad maioram Gloriam Dei*, mientras las fichas, o las glosas, consignaban el texto en su proceso hermenéutico final. Se obtiene así, en síntesis, la tríada de aquellos elementos necesarios para fijar, a través del gesto definitivo de la escritura, el conjunto imaginario y mimético que opera como mediador de conocimiento entre la realidad y el hombre (BARTHES 1970: 172-229). Los medievales, y Dante en primer lugar, habían intuido que el estudio de la memoria colectiva era el punto crítico para afrontar los problemas del tiempo y de la historia, y excepcionalmente, en toda aquella cultura, en su aspecto propiamente europeo, la memoria colectiva coincidía con la memoria cristiana.

Por ello, a Dante le fue posible concebir una obra como la *Comedia*, cuyo valor objetivo es el de tener la pretensión de ser «el libro», una Biblia no escrita por profetas o evangelistas, sino por un hombre de letras que ha sido favorecido por la época en que ha visto revivir y unificar la memoria individual y la memoria colectiva en la forma milagrosa del repetirse del Hecho cristiano.

La *Comedia* o el libro, tan soñado y perseguido por Borges, nace de la misión de salvar la humanidad de la perdición e indicarle el camino de la redención. Como libro, cumple una función educativa precisa, que es también un intento que podríamos definir como casi sacramental: la historia del viaje ultraterreno de Dante (del mal castigado a la expiación, mediante la fe, y a la contemplación del

Bien perfecto) no es sólo la redención individual del autor (algo que lo reduciría a un libro más entre tantos), sino que es la invitación a la redención para la humanidad entera por medio del ejemplo de un individuo. Tal redención, aunque encontrará su verdadera *satisfacción* en la vida beata del Paraíso, se inicia aquí en la tierra, según la bellísima fórmula dantesca del *beatitudo huius vitae*.

El libro, entonces, posee en Dante el valor eterno y universal, como el mismo poeta italiano lo expresa en la *Epístola XIII* a Can Grande della Scala:

El sentido de esta obra no es único, más bien puede decirse de polisemia, es decir de más sentidos; de hecho, el primer sentido es aquel que está a la letra, el otro es aquel que se ha significado a través de la letra. Y el primero se llama literal, y el segundo alegórico o moral o anagógico. (1965: 343 —traducción mía.)

No solo la *Comedia* prevé esta lectura, ya que Dante es toda la obra, o sea, la «concepción» general del libro que se asesta en torno al sistema polisémico y anagógico del ser un libro escrito dentro del libro divino. Del mismo modo, la historia en su totalidad resulta anagógica, puesto que ella también resulta ser una peregrinación hacia la Historia en una ontología de construcción típicamente medieval que había impresionado Borges en el planteamiento de sus interrogantes existenciales. Como metáfora de la peregrinación terrestre, Borges empleará la experiencia «polisémica» de la ceguera, así como Dante había utilizado la metáfora del exilio:

¿Quivi si vive e gode del tesoro  
che s'acquistó piangendo nello essilio  
di Babilon, ove si lasciò l'oro?<sup>40</sup>

Dante, así, al igual que Borges, se permite reconsiderar el libro como un objeto vivo, actual, un fragmento del mundo dotado de una personalidad propia, que es la extensión de la memoria y también de la imaginación y del olvido, dado que de ella está compuesta la memoria, como afirmarían Borges sugestivamente.

<sup>40</sup> *Paradiso*, XXIII, 133-135 (en ALIGHIERI 1965: 697).

En los albores del siglo *xxi*, el libro debe ser reconsiderado como único, original, vigente transmisor de cultura y memoria auténtica. Como escribe Alfredo Bryce Echenique: «Ver la versión del *Quijote* en una computadora me hace estar mal. ¡Cómo se puede subrayar, anotar y personalizar ese texto!» (2002: 10-11).